

BIBLIOTECA

José Martí

La Guerra Social en Chicago



846
4
6
89

CUADERNOS DE EDUCACION SINDICAL

Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Autónoma de Nuevo León

846

4

6

89

COMITE EJECUTIVO 1988-1991

PROFR. RODOLFO DE LEON GARZA
Srio. General

C. P. ALFREDO ROMERO OYERVIDES
Srio. de Organización

LIC. MARCOS CANTU SILVA
Srio. de Previsión Social

ING. NOE HORTIALES PACHECO
Srio. de Finanzas

LIC. CESAR GONZALEZ CABALLERO
Srio. de Trabajo

LIC. BENJAMIN SOLIS VASQUEZ
Srio. de Prensa y Propaganda

PROFR. JOEL MONTEMAYOR SOTO
Srio. de Pensiones y Jubilaciones

LIC. JOSE A. MORENO MORENO
Srio. de Conflictos

C. P. LUIS CESAR CARDENAS C.
Srio. de Analisis, Estudios y Estadística

LIC. JOSE RESENDIZ BALDERAS
Srio. de Educación Sindical

ING. RAYMUNDO OMAÑA FAZ
Srio. de Seguridad y Asistencia Social

PROFR. JOSE A. GAONA MORALES
Srio. de Acción Política

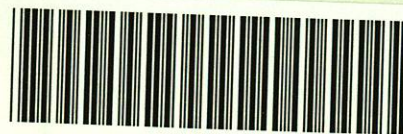
LIC. JOEL SERNA MOYA
Srio. de Promoción Cultural y Artística

LIC. FRANCISCO DE LA ROSA MARTINEZ
Srio. de Relaciones

DR. OFELIO GARZA RODRIGUEZ
Srio. de Actas y Acuerdos

LIC. FRANCISCO JAVIER IZAGUIRRE
Asesor Político

LIC. JOSE C. FERNANDEZ QUIROGA
Asesor Jurídico



1020144694

José Martí

La Guerra Social en Chicago

... necesario respec
... en que la
... principal

El material que hoy reproducimos: la
Guerra Sindical en Chicago, del ilus-
tre pensador y humanista cubano José
Martí, apareció por primera vez en el
periódico La Nación, de Buenos Aires,
Argentina, el primero de enero de 1936.

Es decir, hace poco más de 40 años
que Martí dio a la luz pública este
material bajo el título "El conflicto
terrible".

Para la presente edición se ha utili-
zado el material publicado en los
Cuadernos de Educación Sindical de
José Martí, publicada por la UNAM y la SEP
en 1973.

**Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Autónoma de Nuevo León**

Profr/ Rodolfo de León G.

m

HX 846

.C4

M36

L989

248279



FONDO
UNIVERSITARIO

PALABRAS PREVIAS

Con la edición del presente folleto, que aparece dentro de la serie Cuadernos de Educación Sindical, el STUANL reafirma su ideario de llevar a los trabajadores universitarios el conocimiento mínimo necesario respecto a los hechos históricos en que la clase trabajadora ha sido la principal protagonista.

El material que hoy reproducimos: la Guerra Sindical en Chicago, del ilustre pensador y humanista cubano José Martí, apareció por primera vez en el periódico La Nación, de Buenos Aires, Argentina, el primero de enero de 1888.

Es decir, hace poco más de cien años que Martí dió a la luz pública este material bajo el título de "Un drama terrible".

Para la presente edición se ha utilizado la Antología General, de José Martí, publicada por la UNAM y la SEP en 1982.

Profr. Rodolfo de León G.

L2-I-05 J.N.

*Anarquía y represión. El conflicto y sus hombres.
Escenas extraordinarias. El choque. El proceso.
El cadalso. Los funerales.*

Nueva York, 13 de noviembre de 1887

Señor Director de la Nación:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acababan de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar por la muerte de sus seis obreros, a mano de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y

ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la Guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La república entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos;

Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaniaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su deajo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.



Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperaban ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

En el oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, estreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el oeste y en su metrópoli Chicago, sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la justicia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo

y consumiéndolo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. *¡Para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba!*

¿No lo decía Desmoulins? Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?

Júzganse como bestias acorraladas. "Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. *Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos. No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros.*

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas. *¡América es, pues, lo mismo que Europa!*

No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien todo el engranaje.

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres erguidas y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Este mundo es horrible: *¡créese otro mundo!*; como

en el Sinaí, entre truenos: como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: ¡mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!

Un joven bello, se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social de Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicio de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar, ¡de que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por lo que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigándolos, negándoles el trabajo que para ellos

es la carne, el fuego y la luz; echábamos encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o algún niño; reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.



Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la república, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él, romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla de palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, todos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del *Arbeiter Zeitung*, escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el *Alarm*, el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando

la policia acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro la tribuna vaci ante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por la calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, él a la cabeza de una compañía.

El iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba *con los que somos, nada más con estos ochenta que somos* la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama a la dinamita "sustancia sublime", la que dice a los obreros que "vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son tuyas las tiendas, que todo es suyo": él es miembro desde que un ataque brutal de la policia, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacer cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "gran rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los armozuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera. Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él solo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.



Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su "Ciencia de la guerra revolucionaria" manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el Alarm, rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.